

LA CARTERA VIEJA

A fines de la última guerra civil vivía en su hacienda de «Casa-Roja» don Roberto Escobar Santamaría, un gran señor a quien sus amigos apodaban «El Mascón».

Rico, inteligente, generoso y expansivo, don Roberto se holgaba en reunir en su casa a los intelectuales y los agasajaba con jiras, cabalgatas y «piquetes».

Alguna vez invitó don Roberto a todos «sus bohemios», como Fouquet, «a sus poetas», a una sonada fiesta que daba con motivo del cumpleaños de su preciosa hija Elvira, la primogénita.

Acudieron todos, cargados de endechas y madrigales cuidadosamente labrados, para que fueran dignos de la gentil chiquilla, que con sus risueños cinco años alegraba la casa.

Cuando estaban todos reunidos, como notaran y anotaran que no había llegado el poeta Julio Flórez, don Roberto preguntó:

—Qué será, de Julio, que no viene?

Diéronse a comentar la ausencia del altísimo poeta, y de pronto interrumpió los comentarios la llegada de un indio que le entregó al señor Escobar Santamaría un pliego cerrado, con este sobrescrito:

«A la gentilísima princesa

Doña Elvira Escobar

Remite su rendido admirador

Julio Flórez».